NINO II.

TRAGEDIA

escrita en francés por Mr. Brifaut,

TRADUCIDA AL CASTELLANO

por Don José Joaquin de Mora,

Y REPRESENTADA EN EL TEATRO DEL PRINCIPE
EN LA NOCHE DEL 2 DE JUNIO DE 1818.

MADRID.
IMPRENTA DE REPULLÉS,
PLAZUELA DEL ANGEL.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T BORRAS

N.º de la procedencia
5239.

Al Sr. Don José Manuel de Arjona, del Consejo de S. M. en el Supremo del Almirantazgo; Corregidor de Madrid y su partido; Presidente de la Junta de Propios y Sisas, y de la de exámenes de maestros de primeras letras; Subdelegado de Montes, Plantíos y Pósitos del mismo partido; Juez Protector de los Teatros del Reyno; Subdelegado de la Junta general de Comercio, Moneda y Minas en esta Provincia; Juez de la Comision de Vagos en esta Corte; Presidente de la Diputacion permanente de la Real Sociedad Económica de Córdoba, é Individuo de la Academia general de la misma Ciudad; Socio Honorario de la de Valladolid, y de Mérito de la de esta Corte, &c.

LIBRARY UNIV. OF
NORTH CAROLINA

862.8
T2553
v.17

En testimonio de gratitud,

José Joaquin de Mora.

721627

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/ninoiitragedia02brif

EL TRADUCTOR.

Al presentar al público la traduccion de una de las Tragedias modernas que mas aplausos han recibido en el teatro francés, creo de mi deber disculpar el atrevimiento con que he alterado en muchas partes las espresiones y aun las situaciones y escenas del original. Para esto, no solo he consultado las críticas que se hicieron de la tragedia francesa cuando salió á luz, mas tambien el gusto del público español que exige mas movimiento y rapidez en la accion que el francés, y sobre todo, el género en que sobresale el inimitable actor que me confió este trabajo. Guiado por esta última consideracion he pro-

curado suprimir algunos monólogos que no me parecen convenientes en la situacion de Nino; dar á este carácter colores mas sombríos, un lenguage mas conciso y enérgico, y mas violencia y calor á los sentimientos que lo agitan y lo conducen al suicidio.

REC/Nell

PERSONAGES.	ACTORES.
NINO.	*Sr. Isidoro Maiquez.*
FOCLES.	*Sr. Joaquin Caprara.*
FARES.	*Sr. Bernardo Avecilla.*
RAMNISO. . . .	*Sr. Antonio Silvostri.*
TÁXIDE.	*Sr. Mariano Casañova.*
ARIBASES. . . .	*Sr. Ramon Lopez.*
TUSBAL.	*Sr. Manuel Prieto.*
ELCIRA.	*Sra. Agustina Torre.*
ZORAME.	*Sra. Rafaela Gonzalez.*

MAGOS, GEFES, GUARDIAS Y ACOMPAÑAMIENTO.

La Escena es en Ecbatáne, capital de la Media, en un salon del palacio de Nino.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

FARES, FOCLES.

FARES.

Tú que de Nino el poderío augusto
En la noble Ecbatane representas,
Focles, ¿á qué me llamas? ¿qué servicios
Exiges de mi zelo y obediencia?
¿Nos amenaza el Parto? ¿sus falanges
Pretenden invadir nuestras fronteras?
Si á los combates el deber me llama...

FOCLES.

No, Fares: otros males, otras penas
Reclaman tus avisos. Tú del trono
Apoyo inconmovible, de la Media
Valiente defensor...

FARES.

Por mi monarca,
Por mi patria mil vidas ofreciera.

FOCLES.

Lo sé; y que nuncio fuistes en la Corte
De su venida; y ¡ojalá no fuera
Mentida la esperanza!...

FARES.

¡Qué presagios!...

FOCLES.

La noticia es fatal: escucha, y tiembla.
El rey ha muerto.

FARES.

¡Cielos!

FOCLES.

De la armada
Mi hijo me anuncia tan terrible nueva.
Mientras que todos en la corte ansiosos
Aguardaban su voz y su presencia,
El de su fuerte egército se aparta
Con muy pocos amigos. Altaneras
Del caudaloso Tigris las corrientes,
Con horrible furor se desenfrenan.
A un débil barco el héroe se abandona;
¡Imprudencia fatal! Las ondas fieras,
Espumosas se agolpan, luchan, rompen
Con horrendo mugir: el casco tiembla,
Vacila, cruje, y en el hondo abismo
Sepulta la esperanza de la Media.

FARES.

¡O dolor! ¡Triste patria!

FOCLES.

¡Amargo dia!
¡Pérdida irreparable! Mas no sean
Inútiles gemidos los que ocupen
Instantes tan preciosos. Tu prudencia
Calme, señor, mis dudas. ¿Quién al trono
Tras él debe subir?

FARES.

La dulce prenda
De nuestro amor: Zorame, el hijo amado
De Tamíro infeliz. Su padre fuera
Víctima de un furor abominable.
¿Qué destino inflexible asi completa
De esta familia ilustre la ruina,
Y en sus miembros augustos se ensangrienta?
Nino espira en las aguas, y su hermano
Perece envenenado. La perversa,
La vil esposa que con mano impía
La ponzoña execrable le presenta,
Huye de nuestras iras, y los Dioses
De la justa venganza la preservan.

FOCLES.

Fares, tú lo creiste: mas si acaso
Yo te manifestára su inocencia;
Si esa muger, objeto de tu espanto,

...

De injusta acusacion víctima fuera,
¿Qué partido tomáras?

FARES.

¡Qué! ¿Es posible?

FOCLES.

¿Si ese guerrero ilustre, á quien veneran
La Media, el Asia, el Universo todo,
Fuerá el autor de tan culpable empresa...?

FARES.

¡Nino es el asesino de su hermano!

FOCLES.

¿Si ante tus ojos la infelice reyna,
Descubriendo este arcano deplorable...?

FARES.

¡Elcira existe!

FOCLES.

Sí: la Providencia
Protegió su virtud, contrarestando
El necio error de la Nacion entera.
Nino es culpable: Elcira es inocente.
Sabe ya su atentado, y desparezcan
Las nubes que ocultaron la justicia:
Ese vil cortesano, odiosa mengua
De la Corte, Ramniso, cuyos labios
Solo exalan perfidias lisongeras,
En la copa fatal vertió el veneno.
Al gemir en las ansias postrimeras

El rey me declaró la inicua trama.

FARES.

¿Y quién tomó de Elcira la defensa?
¿Quién le salvó la vida?

FOCLES.

Yo. Entretanto
Que un incendio espantoso se apodera
Del palacio, y el humo y el trastorno,
Del criminal amparan las ideas,
Oigo del rey los dolorosos gritos;
Corro á su voz, y en parda nube envuelta
Miro su faz; la muerte circulaba
Con trémulo letargo por sus venas.
Salva á Elcira, me dice, y á Zorame:
Nino me ódia: Ramniso me envenena;
Dijo, y murió. Yo cedo á su mandato;
Y sin temer las llamas que rodean
Donde quiera mis pasos, corro á Elcira,
La arranco de los males que la cercan,
Y léjos del alcázar la conduzco.
Torno á buscar al príncipe; mas fueran
Mis esfuerzos inútiles. Ramniso
Con prontitud á Nino lo presenta.
Sin él vuelvo á la vista de su madre;
Engaño su ternura con la idea
De que un amigo fiel salvó á su hijo,
Que en breve se verán; pinto la urgencia

De abandonar los muros de la Corte;
La aparto en fin de la mansion funesta,
Y á este asilo la traigo, donde todos
Obedecen mi voz. Mi fe sincera
Una víctima al menos ha salvado,
De las que Nino en su furor condena.

FARES.

Pero, señor, ¿qué causa le ha inspirado
Tan enorme delito?

FOCLES.

Rabia ciega
De usurpacion, y amor, y zelos juntos.
Fares, ¿vacilas tú? Tiempo es que cedan
A la verdad las nieblas que la ofuscan:
No está lejos Elcira: en tu presencia
Confirmará su labio cuanto he dicho.
Señora, entrad.

FARES.

¡Eterno Dios! es ella.

ESCENA II.

ELCIRA, FOCLES, FARES.

FOCLES.

He aquí tu Soberana.

FARES.

¡Gran Señora!

ELCIRA.

¿Reconoces en mí la descendienta
De tus reyes, la esposa de Tamiro?

FARES.

¡Oh, sangre incorruptible! ¡Oh, noble prenda,
Unico resto, vástago infelice
De una raza inmortal!

ELCIRA.

Alza, y contempla
De la suerte los golpes rencorosos.
Fares, esclava soy, no soy ya reyna.
Sin trono, sin vasallos: un amigo
Es el único bien que me reserva
La compasiva mano de los Dioses.
Este es Focles; le debo la existencia,
Y mi consuelo todo, y mi esperanza.

FARES.

Horror y compasion mi pecho llenan.
¡Esta es la reyna que adoraba el Asia!
Pero, señora, si la voz proterva
De la fama diez años os calumnia,
¿Por qué diez años un retiro encierra
Vuestro justo clamor? ¿No hay leyes santas
Que á los malvados juzgan y condenan,
Y deshonor y muerte les fulminan?

ELCIRA.

Contra el potente Nino, sin mas pruebas,
Que la verdad y la justicia, ¿dónde
Hubiera hallado proteccion mi queja?

FOCLES.

Todo ha mudado, reyna, todo: al punto
Escucharán mi relacion sincera
Guerreros, Magos, Pueblo, Sacerdotes.
Para que os amen, bastará que os vean.
Yo mostraré las nobles cicatrices
Que mi pecho decoran; de mi diestra
Recordaré las ínclitas hazañas.
Tales serán mis títulos y pruebas.
Con ellas juraré sobre la tumba
Del esposo infeliz vuestra inocencia,
Y á vuestros pies por dueña y soberana
Os habrán de aclamar Asiria y Media.
Vos, en tanto, señor, haced que el crímen
Su merecido galardon obtenga.
Conozca el pueblo al bárbaro Ramniso,
Su trama odiosa y parricida sepa,
Y espire en la ignominia de un cadalso.

ELCIRA.

Deteneos. Sabed adonde llegan
Los males de mi vida. Un nuevo crímen
Os voy á descubrir. En las cadenas
De un himeneo odioso y detestable

Pasó mi juventud. Nino venciera
Mi débil corazon; juré ser suya:
Pasé con él la edad en que recrean
Al candor fugitivas esperanzas.
Despues Tamiro, con fatal violencia,
Rompió mis votos, y en mis sienes puso
Regada con mi llanto la diadema.
Víctima resignada al sacrificio,
Inmolé mi pasion á la exigencia
Del bien de mis vasallos; mas al trono
Tranquila no subí ni satisfecha.
La imágen de mi amor me perseguia.
Era un héroe mi amante: ví sus penas,
Y padecí con él... Despues el crímen,
Del hierro fratricida armó su diestra.
En ódio y maldicion torné el cariño;
Execré su memoria... Mas es fuerza
Respetar esos manes vagabundos,
A quienes su mansion niega la tierra.
Mi horrible situacion otros pesares
Me presentó; me ví sola, cubierta
De ignominia y calumnias: mis vasallos,
Ilusos é ignorantes, me condenan.
Nadie me justifica: todos ódian
Mi memoria... Yo, Fares, no fuí reyna,
Fuí madre cariñosa y compasiva,
Que enjugaba su llanto, que la diestra

Armada del azote detenia.
¡Y así su ingratitud me recompensa!
Este vil abandono ha relajado
Mis vínculos: jamás, jamas entiendan
Que aun respira su triste soberana.
En este mismo asilo, en las tinieblas
De una mansion oscura, de mi vida
Terminará la mísera carrera.
Mas tengo un hijo, amigos; y ese, es justo
Que mis desgracias y virtudes sepa.
Corred á prevenirlo; él solo acuda,
Y enjugue mi llorar, él solo venga
A respirar el ayre que respiro.
Yo no tengo ya vida ni existencia,
Si no para mi hijo: el mundo es nada
Para mí: todo el mundo en él se encierra.
Id, y ceñidle la diadema al punto:
Acate su poder toda la tierra,
Y abráceme una vez, aunque la tumba
Despues en sus abismos me sumerja.

FOCLES.

Corramos á sus plantas, mas no ilusos
Respetemos el crímen; no, perezca
Ramniso.

FARES.

En tan no vistas circunstancias
Nuestro deber, señor, es la obediencia.

Yo voy á deponer el cetro augusto
En las manos del príncipe; resuelva
Despues sobre el culpable.

ESCENA III.

ELCIRA, FOCLES, FARES, TUSBAL.

TUSBAL.

Vuestro hijo
En este instante al pórtico se acerca.
Yo quise detenerlo, mas en vano.
Apesar de mi justa resistencia,
Entró en palacio.

FOCLES.

Haced que lo introduzcan.
Nada temais, señora. El os venera,
Y ayuda mis designios.

ESCENA IV.

ELCIRA, FOCLES, FARES, TAXIDE.

FOCLES.

¿Qué desgracias,
Táxide, nos anuncia tu presencia?

TAXIDE.

Señor, si concebísteis esperanzas
Favorables á Elcira, deshacedlas.
Nino existe: triunfante, victorioso,
Y colmado de gloria aquí se acerca.

ELCIRA.

¡Oh, gran Dios!

TAXIDE.

Considero vuestro espanto,
Yo su muerte anuncié; mas ¿quién pudiera
Vaticinar su sin igual ventura?
Impávido en los males que lo cercan,
Enmedio de las olas irritadas,
Parece que ellas mismas lo respetan.
Cuando todos lo juzgan sumergido
Por el violento curso, él se presenta
Al abatido egército: su vista
Nuevo entusiasmo y nuevo ardor despierta.
En fin, queriendo desmentir las voces,
Que por los pueblos afligidos vuelan,
Rápido ácia estos muros se encamina.

FOCLES.

Y ¿cuál es su designio?

TAXIDE.

Nadie acierta,
Señor, á penetrarlo. Yo, temiendo
Que al saber su desastre, una imprudencia

Comprometiese vuestra amada vida,
Juzgué oportuno noticiar su vuelta.

FOCLES.

¡Señora!

ELCIRA.

¡Suerte infausta! ¡Horrible dia!

FOCLES.

Perdonad mi culpable ligereza.
Yo pensé que era el término llegado
De vuestras desventuras. Con la idea
De evitar nuevos males á la patria,
Os saqué de las lóbregas tinieblas
Que fueron largos años vuestro asilo,
Y ya es forzoso que volvais á verlas.

A Fares.

Y vos, señor, corred á donde os llama
Vuestro deber. No temo una bajeza
De un pecho noble. Sin faltar á Nino,
Podeis callar la suerte de la reyna.

FARES.

Ni perjuro seré, ni mal vasallo.
Serviré á mi monarca, sin que sepa
De mis labios jamás estos arcanos.
Fiaos á mi honor, triste princesa,
Y volved á las aras protectoras,
Que han guardado hasta aqui vuestra inocencia.

ESCENA V.

ELCIRA, FOCLES, TAXIDE.

ELCIRA.

¡Y me deja!

FOCLES.

¿De qué puede serviros?
Los males urgen: el peligro estrecha.

ELCIRA.

Perdióse todo: somos descubiertos.
Nino me trae la muerte.

FOCLES.

Otras empresas
Lo conducen quizás. Tú, que á su lado
Has combatido, Táxide, ¿qué muestras
Dan sus labios, sus hechos, sus miradas?
Disipa nuestras dudas.

TAXIDE.

Donde quiera,
Nino agitado, Nino pensativo,
Parece envuelto en lóbregas ideas.
Ni el placer ni la gloria lo estimulan.
Solo Ramniso á sus oidos llega,
Y sus altos secretos participa.
Sin embargo, señales lisongeras,

Nuncios de una ventura suspirada,
Las esperanzas públicas recrean.
Ese príncipe tierno y bondadoso,
Que le ha de suceder en la diadema,
Sigue tambien sus pasos.

ELCIRA.

¿Mi hijo? ¡Cielos!

TAXIDE.

Sí señora.

ELCIRA.

¿Es posible que á mis penas
Tan suave consuelo se prepara?
No engañeis á una madre que en la tierra
Solo ha hallado traicion y desventura.

FOCLES.

Señora, refrenad de la terneza
Los peligrosos ímpetus. Al grito
De la razon vuestro cariño ceda.
La venida del príncipe os impone
Mayores sacrificios y reserva.
Huid de esta mansion.

ELCIRA.

Tú que eres padre,
Focles, no mis suspiros desatiendas;
Yo te lo pido por el hijo amado
Que tus venturas y esperanzas sella;
Por la sombra querida de su madre.

Te lo piden por mí, naturaleza,
Justicia, humanidad: no me abandones.
Vuélveme un hijo. . .

FOCLES.

¡Yo! ¡Tal imprudencia
Esperais del mejor de los amigos!

ELCIRA.

Un instante no mas mirarlo pueda,
Y partiré despues: á donde mandes,
Partiré sin ninguna resistencia.
Y ¿qué puedes temer? ¿qué me descubra
Mal reprimida la aficion materna?
No, Focles: me verá sin conocerme.
¿Recelas que una madre comprometa
La existencia de un hijo que idolatra?
Mi cariño sabrá darme firmeza.
Tú, en tanto, no me dejes; tú dirige
Mis palabras. ¡Oh, Dios! Por recompensa
De diez años de males é infortunios,
Una sola mirada me contenta.
¡Hijo mio! ¡Momento incomparable!
Focles, ten compasion; Táxide, ruega
Por mí á tu padre. . . Protegedme, amigos.
¿Pido yo un trono? ¿Pido yo riquezas?
¡Por colmo de tan graves desventuras,
La mirada de un hijo se me niega!

ESCENA VI.

ELCIRA, FOCLES, TAXIDE, TUSBAL.

TUSBAL.

Señor, Ramniso se aproxima.

FOCLES.

¡Cielos!

TUSBAL.

Ya ácia estos muros, que la turba inmensa
De vasallos circunda, él se dirige
Mientras el ayre los clamores llenan
Que de Nino publican las victorias.
Nino lo sigue.

ELCIRA.

El cielo nos aprueba,
Focles; y pues mi fuga es imposible,
Cedamos.

FOCLES.

¡A qué riesgos nos condena,
Señora, vuestro amor! No; si los hados
A mi resolucion no se opusieran,
Jamás prestára favorable apoyo
A tal temeridad: pero si es fuerza
Que mayores desgracias nos circunden,
Si miro alzarse contra vos la diestra

Del homicida, y pierdo en un instante
El fruto de diez años de cautelas,
La causa no soy yo, sino vos misma.

ELCIRA.

A morir estoy pronta: placentera
Al hierro agudo cederé, si logro
Dar el postrer suspiro en su presencia.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

NINO, FARES, FOCLES, TAXIDE, RAMNISO, y acompañamiento.

NINO.

Sí, guerreros; el cielo me ha salvado:
Nuevo don es el aire que respiro
De su inmensa bondad. Ya mi presencia
Calmó al pueblo de Ninive afligido
Al saber los azares de mi marcha.
Hoy ácia vos me llama otro peligro.
Los Partos se preparan y se acercan.
Mi saña probarán, pues lo han querido.
La mitad de mis bélicas cohortes,
Protege y guardará vuestro recinto.
Las demas no están léjos. A estos bravos,
Los bravos de la Media, conducidos
Por herviente valor y nobles gefes,

. . .

Unirán sus esfuerzos.

A Fares.

Tú, Ministro
De mi suprema voluntad, ¿al Medo
Hiciste sabedor de mis designios?
¿Está pronto al combate?

FARES.

Tus mandatos
Solo aguarda, señor.

NINO.

Basta. Es preciso
Tranquilizar mis pueblos consternados,
En quienes mi poder y gloria libro.
Quiero que mis miradas vigilantes,
Sus males inspeccionen. Son mis hijos,
Y padre tierno debo ser. En tanto,
Fares, yo su defensa te confio.
Retiraos.

ESCENA II.

NINO, RAMNISO.

RAMNISO.

Señor, ¿era ya tiempo
De hablarte sin disfraz? Cuando reunidos
Tantos gefes ilustres, con sus armas

Se prestan á ayudar vuestros designios,
¿Quien conduce á Zorame á vuestro lado?

NINO.

Noble ambicion de gloria y heroismo,
Cual le conviene á quien aguarda un trono.

RAMNISO.

¿A ese jóven un trono? ¿y cuál?

NINO.

El mio.
¿Hay derechos mas santos que los suyos?

RAMNISO.

¡Derechos él! ¡El hijo de Tamiro!
¡De un rival, de un perjuro, de un ingrato!
Por largos años, gran señor, has sido
Complaciente y benéfico. Si un tiempo
Se hubieran escuchado mis avisos,
A la eterna morada de las sombras,
Hubiera con su padre decendido,
Y con él el fatal remordimiento
Que á incesante pesar condena á Nino.
De un desgraciado amor la triste imágen
Sigue dó quier tus pasos; al echizo
De nuevo amor te niegas, mientras guardas
Bajo el noble laurel lento martirio.
Tú mi franqueza y mi cariño sabes:
Perdóname, señor; mas cuando miro
Sacrificar tu nombre, tus hazañas

Y tu quietud á un vástago proscripto;
Cuando te miro dar iluso y ciego
La mitad de tu trono á un enemigo. . .

NINO.

Cesa: con tus consejos execrables
No me emponzoñes mas; sobrado has dicho.
Sufre pues en silencio mis virtudes,
Como yo tus maldades he sufrido.
¿Es tu labio infernal quien reglar debe
Mi generosidad, mis beneficios?
Yo te consultaré si, por desgracia,
De nuevos atentados necesito.
Zorame, reinarás: yo te lo juro:
Y ¡ojalá que tu pecho blando y pio,
Odiando á los malvados, guardar pueda
La paz que yo con ellos he perdido!

RAMNISO.

¿Sois vos, señor, quien habla? quien perdona
El dolo y la traicion, y de Tamiro
Olvida las maldades? Con su muerte
Salvasteis al Estado, y á vos mismo.
¿No fué Tamiro quien llenó de males
Vuestra primera juventud? Inicuo
Y envidioso rival de vuestra gloria,
¿Cómo recompensó tantos servicios?
Con destierros, con ódios, con afrentas,
Y para consumar el sacrificio,

Sabiendo el lazo que os ligaba á Elcira,
Perseguidor de vuestro amor sencillo,
A las aras la lleva, á un yugo odioso
La encadena... y quizás fue su designio
Terminar vuestra vida; mas mi zelo
Supo estorvarlo. Ese fatal tegido
De crímenes y males desparezca
De tu imaginacion. ¿Cuáles testigos,
Cuáles acusadores te amenazan?
La cautelosa mano de un amigo
Abrió á la reyna la ignorada tumba.

NINO.

¡Y tú lo sufres, santo Dios! ¡y has visto
Consumar el delito sin que el rayo
Aniquilase al bárbaro asesino!
Perdona, sombra amada: nunca, nunca
Abrigó tal rencor el pecho mio.
Tarde llegára á mí la triste nueva,
Tarde para vengarte... mas.. ¿qué digo?
Ya no habia virtudes en mi pecho:
Tú me las arrancaste: el lazo impío
Que te unió á mi opresor, á mi tirano,
Tornó en furia y despecho mi cariño.
¡Himeneo fatal! ¡Vínculo odioso!
¿Por qué no vine á tiempo de impedirlo?

RAMNISO.

¿Qué hubieras hecho, gran señor? Elcira,

Pagando vuestras ansias con desvíos,
Aceptó con la mano la diadema.
Quizás la deslumbró su augusto brillo.

NINO.

¡Y me adoraba en tanto! La traidora
Cogió despues el fruto de su olvido.
Vióse injuriada, despreciada, espuesta
Al bárbaro furor de mi enemigo.
Enternecida entonces, sus miradas
Tal vez me dirigió, cual si un asilo
En su tormento y su dolor buscase.
Mas yo ví en estos males su castigo.
Gocé en su desventura, y sus pesares
Tal vez sirvieron á calmar los mios.
En tanto, dócil á mi rabia, viertes
La ponzoña en el pecho de Tamiro.
¡Inútil atentado! Justo el cielo
Recompensó el infando fratricidio,
Privándome del fruto que aguardaba.
Elcira muere en el incendio mismo
A sofocar el crímen destinado.
Solo queda Zorame: en él, alivio,
En él, consuelo encuentro á mi desgracia.
Cansado de riqueza y poderío,
Víctima del dolor que me devora,
Mas digno de piedad que el que abatido
Mi dignidad y mi esplendor acata,

Para él conservo, y por su amor resisto
Una vida infeliz, un cetro infausto.

RAMNISO.

Pues bien, señor, al príncipe querido,
A esa prenda en quien fijas tu ternura,
Descubre tu deshonra y su destino.
Desengaña á ese pueblo que te adora.
Muéstrate tal cual eres. Confundido,
Sepa ya la verdad, y ódie tu imperio.

NINO.

¡Qué horrible imágen! No: tanto suplicio
No me es dado arrostrar, ni reo infame
Mostrarme al universo que he vencido.
Ya que cubre un misterio tenebroso
La historia de mi infausto desvarío,
Ignore el mundo la verdad: los cielos
Me condenan al bárbaro martirio
De recibir aplausos que me ofenden,
De ver en tí mi cómplice, mi amigo.
Nada temas de mí. Tampoco puedo
Hacer que mueras sin morir contigo.

ESCENA III.

NINO, RAMNISO, ARIBASES.

ARIBASES.

El príncipe, señor, llega, y aguarda

Tu voluntad suprema.

NINO.

Introducidlo.

ESCENA IV.

NINO, ZORAME.

ZORAME.

Señor, á vuestras plantas, si merezco...

NINO.

¡Zorame!

ZORAME.

¡Justos Dioses! ya respiro,
Pues te estrecho en mis brazos. ¡Ah! perdona
La inquietud de mi afecto: yo no vivo
Si no vivo á tu lado. Mi ventura
¿No es un dón de tu amor?

NINO.

Vuelve sumiso
Tus homenages à los altos Cielos,
Que vertieron en tí sus beneficios.
Yo no merezco tanto.

ZORAME.

Sí: á mis ojos
Eres un Dios piadoso y compasivo.
Sin tí ¿qué fuera yo? débil infante,
Mísero, abandonado, desvalido,

Manchado con el crímen de una madre...
Me ví privado del paterno abrigo,
Y lo hallo en tí.

NINO.

Zorame, ¡quién pudiera,
A costa del aliento que respiro,
Devolverte al regazo de tu padre!

ZORAME.

¡Y por colmo de bienes, al peligro
Y á la gloria me llamas! ¡Qué inefable
Satisfaccion! Señor, me has prometido
Tu lado en los combates. Esta gracia
Inflama en noble ardor el pecho mio.
¡Con qué jubilo miro esas murallas,
Esas armas brillantes! El ruido
Del clarin me embriaga, me enagena.

NINO.

No solo llena el bélico egercicio
La vida de un monarca, y tú has de serlo;
Hay deberes mas santos y mas dignos
De un rey justo, de un padre generoso.
Defender á los pueblos oprimidos,
Mantener de la ley los fueros sacros,
Dar premio á la virtud, y freno al vicio,
Tal, Zorame, ha de ser tu noble empleo.

ZORAME.

Tu serás mi modelo.

NINO.

Del inicuo
Que entre el humo falaz de la lisonja,
Te ofrezca envuelto criminal echizo,
Huye el aliento, teme las miradas.

ZORAME.

Mi deseo, señor, todo mi ahinco
Es seguir tus pisadas. ¡Plegue al cielo
Que largos años, dócil y sumiso,
A tu lado, y colmado de tu afecto,
De tus virtudes, mire enternecido
El sublíme espectáculo, elevando
Al gran Númen que reyna en él Olimpo
Por tu conservacion sinceros ruegos!

ESCENA V.

NINO, ZORAME, FOCLES, TAXIDE, RAMNISO.

FOCLES.

Ya, señor, al combate apercibidos
Están los altos muros de Ecbatane;
Obediente á mi voz el zelo activo
De los Medos, guarnece en un instante
Con máquinas soberbias el recinto;
Y el Parto, que en ilusa confianza
Y en vil ócio nos juzga sumergidos,

El fruto podrá ver de su amenaza.

RAMNISO.

Entretanto las tropas á los sitios
Que sus gefes señalan, silenciosas
Se dirigen, y aguardan que de Nino
Suene la voz, presagio de victoria.

NINO.

Atentos me escuchad. En lo sombrío
De esos antiguos bosques que se estienden
Al norte de Ecbatane, entre dos riscos
De enramadas espesas coronados,
Hay un desfiladero en que yo mismo
Quiero aguardar al Parto, y deshacerlo.
Ocultos mis soldados, y esparcidos
En la áspera maleza, cuando osado
Entre en el hondo paso el enemigo,
Fulminarán de pronto sus aceros,
Dóciles á mi voz. Allí destino
La parte mas florida de mis tropas.
Acia el opuesto lado, tú, Ramniso,
Coloca las demas.

A Focles.

A tu cuidado
Estos muros preciosos hoy confio.
Zorame, tú, cuya virtud temprana
El amor de los pueblos te ha adquirido;
Tú, que eres su delicia y su esperanza,

Ven á mostrarte de tu sangre digno.
Despues aquí mis órdenes espera.

ESCENA VI.

FOCLES, TAXIDE.

FOCLES.

Elcira va á partir: la he convencido;
Y apresurar su fuga nos conviene.
Estos breves instantes, en que Nino
Presentará á Zorame ante la Media,
Aprovechemos: si la voz del hijo
A sus oidos llega, nos descubre.

TAXIDE.

Ya Tusbal la conduce.

FOCLES.

Con sigilo,
De este lugar observa las entradas.

ESCENA VII.

ELCIRA, FOCLES, TUSBAL.

ELCIRA.

Sostenme: yo fallezco.

FOCLES.

Del destino
Respetad los decretos inmudables.
Una puerta secreta y un camino
De todos ignorado, prontamente
Os guiará por rodeos escondidos
A las antiguas torres de Ecbatane.
Aprovechad el tiempo: un Dios benigno
Nos protege: momentos tan preciosos
No perdamos. Partid.

ELCIRA.

Mi fiel amigo,
¿Cuándo podré . . . ?

FOCLES.

Mi sola recompensa
Es tu conservacion.

ELCIRA.

¿Con que es preciso. . . ?

FOCLES.

Huir ó perecer.

ELCIRA.

¡Focles!

FOCLES.

¿Qué tardas?

ELCIRA.

Si aun pudiera yo verlo. . . En este sitio
Reposaba quizás hace un momento,

Y yo lo busco en vano.

FOCLES.

A un nuevo abismo
Tu ternura imprudente nos conduce.

ELCIRA.

Dile al menos. . .

FOCLES.

Partamos.

ELCIRA.

Ya te sigo.

ESCENA VIII.

ELCIRA, FOCLES, TUSBAL, TAXIDE.

TAXIDE.

El príncipe.

FOCLES.

¡O despecho!

ELCIRA.

¡Mi Zorame!

FOCLES.

Conteneos.

ELCIRA.

¡Y cómo, si es mi hijo!

ESCENA IX.

ELCIRA, FOCLES, TUSBAL, TAXIDE, ZORAME.

ZORAME.

Focles, el pueblo me ama: prodigadle
En fe de gratitud mis beneficios.
Nino lo quiere así. ¡Cielos! ¿qué veo?

ELCIRA *aparte.*

Es su voz: es su aspecto.

ZORAME.

¿Qué motivo
Conduce á esa muger? ¿Es estrangera?

ELCIRA.

Estrangera: es verdad. En este sitio
Busco un hijo. . . Soy madre. . .

FOCLES.

Es desgraciada,
E imploraba un apoyo: he socorrido
Su desventura, y partirá contenta.

ZORAME.

¡Es madre! ¡Dulce nombre! A mis oidos
Jamás llegó sin conmover el alma.
¡Feliz quien tiene madre! ¿y qué destino,
Señora, te atormenta?

ELCIRA.

Esas palabras
Suavizan mi dolor.

ZORAME.

Habla: ¿qué alivio
Puedo darte?

A Focles.

Su suerte me interesa.

ELCIRA.

¿Y os dignais protegerme?

ZORAME.

Quien ha sido
Desgraciado cual yo, no ve sereno
Las agenas desgracias. Yo me he visto
Juguete de una suerte inexorable,
Quizás aun mas que tú: sin el asilo
De una madre: la mia. . .

ELCIRA.

¡Yo fallezco!

ZORAME.

Fue culpable.

ELCIRA.

¡Qué horror!

ZORAME.

Solo al oirlo
Tiemblas. ¡Ah! no lo estraño. De mi madre
Tambien oyendo el nombre me horrorizo.

Pero ¡qué turbacion! ¿No veis. . .

ELCIRA.

Perdona:
Esas voces aumentan mi conflicto;
Me recuerdan un hijo. . .

ZORAME.

¡Qué dichoso
Será en tu blando seno! Enternecido
Con amantes caricias. . .

ELCIRA.

Me aborrece.

ZORAME.

¡Te aborrece! ¡Dios Santo! ¿Y ese impío. . .?

ELCIRA.

Me maldice.

ZORAME.

¡Perverso!

ELCIRA.

No condenes
El ciego error de un corazon sencillo.
En el suyo se abrigan mil virtudes.

ZORAME.

¡Y á su madre acusó!

ELCIRA.

Tú haces lo mismo.

ZORAME.

Sí: la acuso: su crímen espantoso

. . .

El universo entero lo ha sabido.

ELCIRA.

Quizás cual yo tu madre es inocente.

FOCLES.

Basta. Señor, las órdenes de Nino
A otra parte nos llaman. Vos, señora,
Que olvidais imprudente mis avisos,
Retiraos.

ELCIRA.

Huyamos; si un momento
Me detengo, consumo el sacrificio.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

FOCLES, TAXIDE.

FOCLES.

Segura está la reina: conducida
Con cautela á las puertas de Ecbatane,
Del campamento y la ciudad se aleja,
Con un amigo fiel y vigilante.
A Tusbal este cargo se confia:
Los dos, vestidos con humildes trages,
Por un camino que el soldado ignora,
Antes que el dia su carrera acabe,
Al sitio llegarán donde es forzoso,
Que en paz Elcirá llore sus pesares.

TAXIDE.

Señor, os lo confieso: mil temores

Acerca de su suerte me combaten:
Quizás este palacio le ofrecia
Mayor seguridad. De los azares
De una marcha penosa y arriesgada,
¿Cómo podrá la reina libertarse?

FOCLES.

Su riesgo está en su amor. Cerca del hijo,
Mil peligros la asaltan cada instante:
El ímpetu fatal de su ternura
No puede contener; y en su lenguage,
En su gesto, en sus ojos, va diciendo:
Conoce á quien injurias: soy tu madre.

TAXIDE.

¿Y no temes que Fares. . .?

FOCLES.

A este sitio
Ha de venir al punto á consultarme.
Entre Nino y Elcira titubea;
Quisiera que la reina declarase
Cuál fue el delito, y cuál el delincuente;
Mas ella lo reusa, y de sus males
La deplorable historia, ni aun quisiera
Revelar á su hijo.

TAXIDE.

El aquí sale.

FOCLES.

Huyamos de su vista. La estrangera

Movió su corazon, y preguntarme
Querrá su nombre y desventuras. Temo
De su curiosidad algun desastre.

ESCENA II.

ZORAME.

Aun resuena su voz en mis oidos;
Aun tengo ante mi vista aquella imágen,
Trémula, macilenta. ¿Quién me inspira
Tan estraña inquietud? ¿La infeliz madre,
Quién es? ¿Por qué al mirarla, conmovido
Sentí en llanto mis ojos inundarse?
¡Ojalá que la viese todavía!
¡Ojalá que su voz tranquilizase
Este desconocido sentimiento,
Que ya á mi rostro de mi pecho sale!
Y la infeliz tambien lloraba al verme. . .
Yo no sé cuál poder inesplicable,
En su voz, en su acento se escondia.
Cuando clamó con voz tan dulce y grave:
"Quizás cual yo tu madre es inocente,"
Parece que un acero penetrante
Mi atormentado corazon partia,
Y mi alma sentí despedazarse.
Yo quiero verla, oirla; sus facciones

Examinar de nuevo, y que me aclare
La situacion confusa en que me veo.

ESCENA III.

NINO, ZORAME, Gefes y acompañamiento.

NINO.

Que todos egecuten de mis planes
Las órdenes secretas.

A un Gefe.

Tú examina
Con prudente cautela las falanges;
Inspírales valor; dales egemplo.
El momento feliz no está distante
De que la suerte con laurel ilustre
Corone su valor en los combates.

Los Gefes y acompañamiento se retiran.

Tú, Zorame, disponte al vencimiento.
El generoso impulso de tu sangre,
Tu primera victoria me asegura.
Mas ¿tú suspiras? ¿lloras? ¿qué pesares
Me ocultas? ¿quién te ofende? ¿puede un hijo
Disimular su pena á un tierno padre?

ZORAME.

Lo confieso, señor...

NINO.

Dí: nada temas.

ZORAME.

Una estraña inquietud. . . quisiera hablarte,
Y un poder invisible me lo estorva.
¡Su profunda afliccion era tan grande!

NINO.

¿De quién?

ZORAME.

De una estrangera desvalida.
¡Su voz era tan tierna, tan suave!
¡Sus facciones tan nobles!

NINO.

¿Tú la has visto?

ZORAME.

Aquí mismo, señor, hace un instante:
Mas el temor sus voces impedia.

NINO.

¿Y sabes tú su nombre?

ZORAME.

Sé que es madre,
Y que llora la pérdida de un hijo.

NINO.

¿Con quién habló?

ZORAME.

Con Focles.

NINO.

¿Focles sabe
Su patria, su destino?

ZORAME.

Su presencia
Parecia que á Focles inspirase
Un continuo terror. El con la vista
Le imponia silencio, sin mostrarse
Aspero ni insensible, y aun á veces
Lo ví sumiso y reverente hablarle.
Despues la hizo salir, y yo en silencio
Observé este misterio impenetrable;
Resuelto á proteger á esa infelice,
Y á implorar en bien suyo tus bondades.

NINO.

Venga Focles aquí.

ESCENA IV.

NINO, ZORAME, RAMNISO.

RAMNISO.

Señor, es fuerza
Descubriros un crímen detestable.
Quedemos solos.

Nino hace seña á Zorame que se retire; y obedece.

La traicion habita

Bajo estos techos. El peligro es grande,
Poderoso el traidor, y breve el tiempo.
Quizás mientras dirigen sus ataques
Las tropas enemigas, aqui dentro
Hay quien ayude sus secretos planes.

NINO.

Nombra al conspirador.

RAMNISO.

Focles.

NINO.

¿Qué pruebas
Lo acusan? Dilas pronto.

RAMNISO.

De Zorame
Quiere mover el pecho en daño tuyo.
Con este fin, oculto un personage
En este mismo alcázar residía:
El príncipe lo ha visto: ciertas frases
En las próximas salas se han oido. . .

NINO.

¿Qué decia?

RAMNISO.

La suerte de su madre
Deploró con sollozos y lamentos.

NINO.

Ya sabe su inocencia: ¡horrible imágen!
Que venga aquí Zorame; no. . . su vista

De espanto me elaria... Corre, esparce
Por las filas... detente... ¿dónde existe
Ese desconocido? Que Aribases
Examine el palacio; y si es preciso
Consuman al traidor llamas voraces.

RAMNISO.

Ya el traidor no está aquí: por una senda
Que de la antigua fortaleza sale,
Dos prófugos se han visto presurosos,
A ese vecino monte encaminarse.
A mí llegára el importante aviso,
Mientras tú, con tus bravos capitanes,
Las tropas repartías. Corro al punto
Al señalado sitio: ya era tarde.
Mas Aribase á los culpados sigue,
En un caballo mas veloz que el ayre.

ESCENA V.

NINO, RAMNISO, ZORAME.

ZORAME.

¿Será cierto, señor?... Apénas puedo
Respirar. ¿Será cierto que un cobarde
Se arma contra tu vida, que se abriga
Entre nosotros la traicion infame?
Sosiega mi inquietud.

NINO.

En tí confian
Los que maquínan contra mí; falaces
La torpe seduccion lanzar pretenden
En tu inocente pecho, y arrancarme
Tu amor y gratitud.

ZORAME.

¡Señor! primero
Me confunda el averno en sus volcanes.

NINO.

Esa desconocida...

ZORAME.

No, no es ella:
Jamás púdo su labio profanarse
Con el idioma vil de la falsía.

NINO.

¿Ella te habló?

ZORAME.

Me habló de sus pesares.

NINO.

¿Y por qué la defiendes?

ZORAME.

Porque debo
Desvanecer tu error, desengañarte,
Y evitar que perezca el inocente,
Y usurpe sus derechos el culpable.

ESCENA VI.

NINO, RAMNISO, ZORAME, ARIBASES.

RAMNISO.

Aribases se acerca. De tu zelo
¿Cuál el éxito ha sido? Nino sabe
Mis sospechas. Declara lo que has visto.

ARIBASES.

Presos están, señor, los criminales:
Una muger...

NINO.

¡Una muger!

ARIBASES.

Vestida
Con ropa humilde, lleva en su semblante
La dignidad de nobles infortunios.

ZORAME.

Ella es, señor.

ARIBASES.

Modesto es su lenguage,
Y grave su mirar.

ZORAME.

Esa es la misma
Que ciego acusas: óyela, y desarme
Tu cólera su voz.

ARIBASES.

Por órden mia
Aquí se acerca.

ESCENA VII.

NINO, ZORAME, RAMNISO, ELCIRA, ARIBASES, Guardias.

ELCIRA.

¡Cielos! ¡arrancadme
Mas bien la vida, que alargar su curso
Entre mis enemigos implacables!

NINO.

¡Qué voz es esta!

ZORAME.

No temais, señora:
Nino es justo, es mi amigo, y es mi padre.

ELCIRA.

¡Su padre!

NINO.

¡Elcira! ¡Cielos! ¡Es posible!

RAMNISO.

¡Elcira! ¡O Dios!

NINO.

¡Destino inexorable!
Retiraos.

ESCENA VIII.

NINO, ELCIRA.

NINO.

Elcira, ¿eres tú misma?
¿Es ilusion? ¿es sueño? ¿En qué lugares
Te guarda la fortuna?

ELCIRA.

Soy Elcira,
Soy tu reina: verdugo de mi sangre,
Sácia en mí tu furor.

NINO.

Cesa: tus voces
Me horrorizan... perdona...

ELCIRA.

No: complace
Tu rabia en esta víctima que viene
A apagar tus furores implacables.

NINO.

¡Ah, Elcira! si supieras...

ELCIRA.

Lo sé todo.
El conjunto infernal de tus maldades
Se descubrió á mis ojos en la noche
Que á estinguir tu familia destinaste.

Tamiro supo que por tí moria.

NINO.

Ya estais vengados, infelices manes
De mi inocente hermano.

ELCIRA.

Del incendio,
La oficiosa amistad supo librarme.
Yo imploraba á la muerte; yo queria
Antes que verte usurpador, culpable,
Decender á la tumba que tu mano
Abria á una infeliz por todas partes:
De Zorame la imágen me detuvo:
Hallé un asilo, y esperé entregarme
Solo al amor del hijo. Largo tiempo
Dió esta ilusion alivio á mis pesares.
Mas fue en vano: diez años de infortunio,
Diez años de tormento inesplicable,
Me han acercado al borde de la tumba,
Y tú en su abismo vienes á arrojarme.

NINO.

No; no prosigas. ¡Qué! ¡tú lo sabias!
¡Inútiles han sido mis afanes
Por ocultar al mundo que me inciensa,
Mi iniquidad horrible! ¿A quién fiaste
Tu desventura? ¿A Focles? Mil suplicios
Al hipócrita aleve despedacen.

ELCIRA.

Focles es inocente: no ha vendido
Tan funesto secreto, aunque lo sabe.
Respeta su virtud, pues nuevo crímen
Ha sabido á lo menos evitarte.

NINO.

¡Y él te dió proteccion viviendo Nino!
¡Nino que te adoró! No, no reclames
El respeto debido á la inocencia:
La causa de mi crímen fue tu ultrage.
Esta inhumanidad con que he vertido
En mi delirio atroz la propia sangre;
El peso vengador de la sospecha;
Estos remordimientos devorantes;
Mi desesperacion, mi rabia inútil,
Todo es obra de Elcira. Pronunciastes
Un sacrílego voto, y descubristes
El sendero del crímen á tu amante.
Por mi hermano y por tí disuelto el yugo,
De mi hermano y de tí debí vengarme.
Me vengué... pero no: no cupo en Nino
Tanta ferocidad, ni fuera dable
Que el que en amor inestinguible ardia,
El espantoso golpe descargase.
Engañado, zeloso, envilecido,
No supe en un momento dominarme,
Y pronuncié el infando juramento.

Hubo un perverso que acogiera fácil
El deseo homicida, y sin demora
Su impío cumplimiento preparase.
Tú sabes lo demas. . . ¡Ah! compadece. . .

ELCIRA.

¡Compadecerte, monstruo! Abominarte
Como autor de mis pérdidas y afrenta:
Tal será mi destino.

NINO.

No compares
Tus males á los mios. Tú conservas
Ilesa la virtud; tú no agraviaste
Naturaleza, honor, piedad, cariño;
Tú no escuchas el eco formidable
Que á este infeliz persigue donde quiera:
Debajo del dosel, en los combates,
En la noche, en el dia; siempre, siempre,
Eco fatal que de la tumba sale,
Y eternamente clama: Fratricida.
Tú no tiemblas si miras que se esparcen
De la noche las fúnebres tinieblas,
Y que en lugar del resplandor suave
De los astros benignos, cielo y tierra
No ofrecen á los ojos mas que sangre.
Tú no ves el espectro de Tamiro
Con paso lento del sepulcro alzarse;
La esposa reclamar, el hijo, el cetro,

. . .

Y lanzar de sus ojos fulminantes
Venganza y maldicion. Tú elevar puedes
Al cielo el corazon; de sus piedades
Implorar el benéfico rocío,
Y á su paterno apoyo abandonarte.
Mas yo perdí la paz con la inocencia,
Sin que un momento de mi vida pase
Libre de la inquietud que del perverso
Fue siempre compañera inseparable.
Esta es mi suerte.

ELCIRA.

Súfrela en castigo
De esa cadena atroz de iniquidades
Que han llenado tus dias. ¡Y te atreves
A hablar de compasion! ¡cruel! ¿no sabes
Que soy madre y esposa, y que en un punto
Del esposo y del hijo me privaste?
La inaudita catástrofe no pudo
Saciar tu anhelo. No: nada hay que calme
Un corazon sediento de delitos.
De mi hijo tierno el alma preparastes
A aborrecerme... ¡Dioses! yo lo he oido...
Me maldijo; aquí mismo: de su madre
Maldijo la memoria.

NINO.

De tu seno
Va á gozar las caricias maternales,

Y á saber tu inocencia. Nino puede
Reparar de este modo tus desastres;
Y va á hacerlo. La suerte de tu hijo
Penderá de tu boca, y tolerable
Será al menos la mia, si prometes. . .

ELCIRA.

¿Y qué exiges?

NINO.

Que vivas, y que calles
En silencio profundo al mundo entero
Tu tormento y mi error; que de Zorame
No pierda yo el cariño, y que no aprenda
A llorar su destino y á execrarme.

ESCENA IX.

NINO, ELCIRA, RAMNISO, Guardias.

RAMNISO.

Fuerza es, señor, que dejes este sitio:
Aun duran los peligros: no retardes
El golpe vengador.

NINO.

¿Qué has descubierto?

RAMNISO.

Sígueme, y lo sabrás. Aquí no es dable
Que me escuches seguro.

NINO *á los Guardias.*

Guardias, pronto
Al próximo salon.

A Elcira.

Breves instantes
Sola estarás: al punto al lado mio
Vendrá el hijo querido á consolarte.

ELCIRA.

Vuélvelo á mi regazo, y te perdono.

RAMNISO.

No triunfas todavía, miserable.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

FARES, RAMNISO.

RAMNISO.

Sí señor: es la reina, es ella misma;
El acaso feliz que la sorprende,
Descubre con su fuga su atentado.
Focles, que sus delitos favorece,
Con traidora cautela la escondia
En la sacra mansion de nuestros reyes.
Sin duda que es su cómplice, y que forjan
Una horrible maldad; mas el aleve,
Preso ya por mis órdenes, aguarda
El sangriento castigo que merece.
Entretanto en las plazas se reunen
Los vasallos de Nino, siempre fieles
Al monarca que adoran: ya susurran
Funestas inquietudes: hay quien teme

Si con vida se deja á esta malvada,
Que el antiguo desastre se renueve.
Los jueces se congregan excitados
Por el peligro general, y deben
Llamaros y escuchar vuestros consejos.

FARES.

¿Y Nino lo permite?

RAMNISO.

Nino cede
A secretos pèsares, y ha prescrito
Que nadie en su retiro se presente.

FARES.

¡Oh, sûceso fatal!

RAMNISO.

Ved entretanto
Que es grave la ocasion, y el tiempo breve.
El pueblo en su furor tal vez podría,
Si el suplicio que pide se difiere,
Inmolar aquí mismo á los culpados.
Por todas partes el tumulto crece.
Tal vez se calmará con tu presencia:
Dirígile tu voz, y haz que respete...

FARES.

Conozco mi deber: voy á cumplirlo.
Voy á esgrimir la espada de las leyes,
Sin ninguna excepcion contra el culpado,
Y á que respire libre el inocente.

ESCENA II.

RAMNISO.

El corre incauto á fomentar mi trama.
Movido por la voz de mis agentes,
El pueblo exigirá, ciego en su engaño,
Que Nino de esos míseros se vengue.
Focles y Elcira morirán. La tumba
Guardará en sus abismos para siempre
Su secreto y mi infamia, y de mí solo
Del débil Nino la ventura pende.
El se acerca.

ESCENA III.

NINO, RAMNISO.

RAMNISO.

Señor, ¿será posible
Lo que miran mis ojos? Tú que puedes
Con una sola voz echar por tierra
Los imperios del Asia mas potentes,
¡Tú pierdes la quietud! ¡Tú te abandonas
A un inútil furor! ¡Tú te estremeces!
Dos oscuros malvados, dos ilusos
Que la venganza y la ambicion impelen,
¡Turban de un héroe el alma generosa!

NINO.

No es turbacion, no es inquietud: la muerte
Hiela mi corazon, y por mis venas.
Trémula y fria su ponzoña estiende.
Ya el velo que ocultaba tanto crímen,
A los ojos del mundo va á romperse;
Egército y nacion á maldecirme;
El universo todo á conocerme.
¡Oh, destino cruel! ¡Oh, vida amarga!

RAMNISO.

Pronuncia una palabra, y desparecen
Esos dos enemigos. ¿Qué vacilas?
¿No ves aquí un puñal?

NINO.

¡Qué horror! Suspende
Tanta maldad.

RAMNISO.

Castigas dos culpados.

NINO.

¿Y lo son en verdad?

RAMNISO.

Los dos pretenden
Tu muerte y tu ignominia. Yo sus pasos
Cauteloso seguí: yo ví en sus frentes
La traicion y el engaño. Los he oido
Recíprocos auxilios prometerse,
Y comunes ventajas: cerciorado

Del delito, mandé que se pusiesen
En segura custodia, y que aguardasen
Que tus labios decidan de su suerte.
La fama en tanto rápida prómulga
El suceso importante; todos temen
Que peligre tu vida; se reunen
Egército, grandeza, magos, plebe;
Quieren saber si vives; si el cadalso,
Unico galardon de dos rebeldes,
Se dispone á tu voz, ó si amenazan
A la patria y á tí nuevos reveses.

NINO.

¿Y Zorame?

RAMNISO.

Zelosos mis amigos
Su atrevimiento juvenil contienen.
Saber quisiera de tus mismos labios
El nombre del culpable; pero teme
Que en el pesar sombrío que te agovia,
Su inquietud oficiosa desapruebes.

NINO.

Venga Focles aquí.

RAMNISO.

Señor, espones
Con confianza inútil. . .

NINO.

Obedece.

ESCENA IV.

NINO.

Apúremos la copa envenenada;
Por la primera vez Nino contemple
Con miedo á otro mortal. Sí; en este dia
Decídase el arcano de mi suerte;
Y sepamos morir, si la ignominia
Ha de manchar mi nombre para siempre.

ESCENA V.

NINO, FOCLES, RAMNISO.

NINO.

Focles, me has engañado, y aun respiras.
Bendice mi bondad. Todo el Oriente
Tiembla á una voz de Nino, y un vasallo
Su dignidad, su vida compromete.
¿Qué fin en tu maldad te proponias?
¿Mi deshonra, infeliz, ó bien mi muerte?
¿Qué esperabas?

FOCLES.

Salvarte de un delito,
Y salvar á una víctima inocente
Del hado deplorable de su esposo.

Merecer tu amistad cüando supieses
Distinguir al zeloso, al buen vasallo,
Del consejero vil, del complaciente.
El que al hierro por tí su vida espuso
Mil veces en la lid, ¿podrá venderte?

NINO.

¡Y ocultabas á Elcira! ¡y preparabas
Su fuga y su disfraz! Quien huye, teme.

FOCLES.

Debo callar.

NINO.

Responde: yo lo exijo.

FOCLES.

Tuvo Elcira un esposo, y no lo tiene;
Fue mi rei, fue tu hermano.

NINO.

Temerario,
¿Alguna vez tus labios imprudentes
Descubrieron arcanos tan profundos?

FOCLES.

Revelarlos, señor, fuera perderte.

RAMNISO.

Los iba á descubrir: yo evitar supe
Que el crímen proyectado se cumpliese.

FOCLES,

despues de haber mirado con desprecio á Ramniso.

No hubo crímen en mí; mas no permitas

Que un testigo enojoso te moleste.
Sospechas mi lealtad; yo á tu venganza
Me someto, señor: no tardes, hiere.
¡Ojalá que mi sangre tranquilice
Los tormentos agudos que padeces!
¡Ojalá que otra sangre mas preciosa
De tu cólera injusta se preserve!
Tú fuiste generoso, ¡oh, Nino! Tornen
Aquellos dias puros, inocentes;
Y no mas en el trono de tus padres,
Odio y terror, y desventuras reinen.
Aun no es tarde: las lágrimas de Eleira,
Cual benéfico bálsamo, remedien
Tan sangrientas heridas; oye el grito
De la virtud, y á sus impulsos cede.

ESCENA VI.

NINO, FOCLES, RAMNISO, ARIBASES.

ARIBASES.

Fares, señor, aguarda.

NINO.

Venga al punto.

ESCENA VII.

NINO, FARES, FOCLES, RAMNISO.

FARES.

Dioses, en este abismo protegedme.
Intérprete, señor, de los clamores
Del pueblo, que rendido te obedece,
Vengo á cumplir un ministerio augusto,
Cubierto de amargura.

NINO.

¿Qué pretende?

FARES.

Que su justa inquietud se tranquilice.
Sabe que en estos muros se guarece
La esposa de Tamiro. . . y. . . perdonadme
Si en tan árdua ocasion mi voz se atreve
A anunciar el castigo que la aguarda:
La espada inexorable de las leyes
Alcanza donde quiera al homicida,
Y la muerte se venga con la muerte.

NINO.

Fares, esa muger á quien acusas,
Fue tu reina; es mi hermana.

FARES.

Es delincuente.

NINO.

Ese zelo me insulta.

FARES.

Yo no abrigo
Designios sanguinarios ni crueles.
Hartos llantos le cuestan á mis ojos
Funciones tan terribles: á ellas ceden
Mi afecto y gratitud. El pueblo airado,
Si al general clamor no condeciendes,
Vendrá á tus pies, y pedirá justicia.

ESCENA VIII.

NINO, FOCLES, FARES, RAMNISO, ELCIRA.

ELCIRA.

Señor, esos clamores insolentes,
Esos gritos de muerte y de venganza,
¿Se dirigen á Elcira? ¿El pueblo quiere
Que un nuevo sacrificio...?

FOCLES.

Sí señora;
Sí, princesa infeliz, sobre tu frente
La marca vergonzosa del castigo
Se quiere señalar, y que yo lleve

Támbien contigo el peso de la infamia.

NINO.

Retiraos.

ESCENA IX.

ELCIRA, NINO.

NINO.

Elcira, el riesgo crece:
Un destino fatal ante mis ojos
De negra confusion el velo estiende;
Mi voz, mis pasos, y mi aliento embarga,
Y en vil letargo mi valor convierte.
Ya no es Nino un guerrero formidable,
Ya no es un héroe Nino: de sus sienes,
El glorioso laurel se precipita,
Y su invencible arrojo desparece.
Los negros atentados que me imputas,
Harta venganza merecieron. ¿Tienen
Los abismos suplicios mas atroces
Que esta horrible mudanza de mi suerte?
Mi amor, mi fratricidio has castigado:
Muger inaplacable, ¿qué mas quieres?

ELCIRA.

Tu honor y tu ventura. Rompe el lazo
Que á esa union detestable te somete;
Descubre el criminal; dí que no fuiste

Ni traidor ni homicida, sino débil;
Dilo á tus pueblos: dilo al Asia toda.
Muera Ramniso; y Nino recupere
Su vacilante honor.

NINO.

Ya es tarde, Elcira.
Se fijó mi destino para siempre.
Vínculos insolubles me encadenan
A la region del crímen; y aunque anhele
Por la paz, por la gloria que he perdido,
Una mano imperiosa me detiene.
Yo quise que el amor de los mortales
El galardón de mis hazañas fuese;
Mas perdí la virtud, y no me es dado
Arrostrar la ignominia en que se envuelve
El crímen descubierto.

ELCIRA.

¿Y qué partido
Vas á abrazar?

NINO.

El único que puede
Salvar á Elcira. En lance tan terrible,
Reducirse á los límites prudentes
Que la razon ordena, es cobardía.
O te arrojas intrépida, ó pereces.
Mi egército, mi gloria, mi diadema
Embotan de la espada de las leyes

El filo inexorable. Tú al abrigo
De Nino y de su trono te guarece.
Sé mi esposa... ni quiero que profanes
Ese llanto justísimo que debes
A Tamíro... jamás: fiel le conserva
Tu noble corazon. Nino pretende
Ser tu apoyo, tu amigo; no un tirano,
Que tu inmudable inclinacion violente.

ELCIRA.

¡Y esos, malvado, son tus beneficios!
¿Quieres que Elcira sometida acepte
Unos lazos sacrílegos...? prepara
La sentencia: á la vista de los jueces
Todo me acusa; todo. La cuchilla
Dividirá mi cuello; pero teme
Que mi sombra implacable te persiga;
Que en estos muros sin cesar resuenen
Mis ayes profundísimos...

...

ESCENA X.

NINO, ELCIRA, ZORAME.

ZORAME.

Perdona,
Gran monarca: en tí solo encontrar puede
Zorame proteccion. ¿Será posible
Que los Dioses de mí se compadecen,
Y el amor maternal me restituyen?

ELCIRA.

Yo soy tu madre.

ZORAME.

¡Madre! ¡Don celeste!
¡Momento delicioso! ¡Madre mia!

ELCIRA.

Soy tu madre: repítelo mil veces,
Y mil veces mi pecho se embriague
En tan dulce efusion.

ZORAME.

Deja que estreche
Nuevamente tu seno. ¿Y has podido
Ocultarte á mis ojos, y esconderme
El tesoro inefable de ternura
Que á mis desgracias y á mi afecto debes?
Señor, está á tu lado... no lo dudo,

Tú, generoso, su virtud proteges;
Pero calma el tormento que me agita:
Diga tu labio: Elcira es inocente.

ELCIRA.

¡Si lo soy! que él declare...

NINO.

De ella sola
Su honor, tu gloria y mi ventura penden.
Las desgracias de Elcira y de Zorame,
Una sola palabra borrar puede.
Pronúnciela tu madre, y se terminan
En dulce paz y en vínculos perennes
Nuestros males, escándalo del mundo.
Quizás, iluso, mi venganza teme:
Quizás de mis ofertas desconfia.
Disipa tú su error: haz que contemple
En Nino un protector, un tierno amigo.
Yo lo fuí tuyo. De tu infancia débil
Los pasos dirigí: dije á los pueblos
Que en tí mi sucesor reconociesen;
Y dividí contigo el homenage
Que el universo á mi poder ofrece.
En fin, cuando los Dioses consolidan
Un lazo que jamás debió romperse,
¿Por qué Elcira engañada, vacilante,
En nuevas inquietudes se sumerge,
Y mis dones reusa...?

ZORAME.

No conoce
Los ímpetus sublimes que te mueven,
Ni las nobles virtudes que te guian.

ELCIRA.

¡Nino virtudes!

ZORAME.

¡Ojalá pudiesen
Las mias...!

ELCIRA.

Cesa. ¡Cielos! ¡qué martirio
Sufre mi corazon! ¡Por qué, crueles,
Conjurados los dos en daño mio...

ESCENA XI.

NINO, ELCIRA, ZORAME, RAMNISO.

RAMNISO.

Señor, el enemigo deligente
Frustra la vigilancia de tus tropas,
Y al pie de nuestros muros las sorprende.

NINO.

¡El enemigo! Basta. Tus designios
Elcira la fortuna favorece.
El combate me espera. Tu venganza
Verás en la árdua lid satisfacerse.

ZORAME.

¡Tú morir! no; mi brazo, aunque inesperto,
Mi brazo y mi cariño te defienden.

ELCIRA.

¿Dónde vas, hijo mio?

ZORAME.

A la victoria. *

ELCIRA.

¡Cielos! ¡Nuevos pesares!

NINO.

No receles
Que peligre su vida. Mis miradas
Enmédio de la lucha lo protegen.
A tus brazos triunfante, victorioso
Zorame volverá, y al cielo plegue
Que Nino en los horrores del combate
El solo bien que solicita encuentre.
Nadie se arroje al enemigo: nadie
Provoque osado las contrarias huestes
Antes que yo lo indique. El primer lauro
Debe ser para mí. ¡Dioses clementes!
La súplica postrera que os dirijo
Benignos escuchad: Victoria y muerte.

* *Vase.*

ESCENA XII.

ELCIRA.

Fortuna, ¿qué deseos, qué esperanzas
El corazon de Elcira abrigar puede?
El sangriento homicida de mi esposo,
El hijo caro á mi regazo vuelve.
Soy madre. . . y este nombre me desarma.
¡O Tamiro! los Dioses me condenen
A eterna maldicion, si tu verdugo
En mi pecho infelice te sucede.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

FARES, ARIBASES.

ARIBASES.

Nino, señor, triunfaba. El enemigo,
En descompuesta y vergonzosa fuga,
A los montes corria, abandonando
Las armas y el honor. Llenos de furia
Nuestros soldados, donde quiera esparcen
Muerte y desolacion. Rompe las turbas
Ramniso en tanto, y al monarca llega
Con júbilo orgulloso. Nino escucha
Sus palabras apénas, cuando airado,
La cólera del cielo te confunda,
Esclama; y á esta voz, del miserable
La mano tiembla, y el color se muda.
Vímoslo entonces dirigirse raudo
A lo mas sanguinario de la lucha,

Y perecer allí.

FARES.

Pueda su muerte
Terminar los combates y las dudas
Que el corazon de Nino despedazan.

ARIBASES.

Oye, señor, sus órdenes augustas.
Que el suplicio de Elcira se suspenda;
Que el proceso los jueces interrumpan,
Y su presencia aguarden; mas las tropas
Se aproximan: sus cantos ya retumban
En el átrio, y los gritos de la plebe
De Nino el nombre vencedor saludan.
Vedlo aquí.

FARES.

Retiraos.

ESCENA II.

NINO, FARES.

NINO.

De mi cetro,
Fares, la autoridad ¿quién aquí usurpa?
¿Quién de Elcira los dias amenaza?
Responde.

FARES.

Fue, señor, por órden tuya
Delante de los magos conducida;
La pública opinion allí la acusa,
Y su propio silencio.

NINO.

¿Y de su muerte
Por qué el fatal momento se apresura?

FARES.

Ramniso en nombre tuyo lo ha mandado

NINO.

No... jamás... corre... estorba... nunca, nunca
Tan execrable sacrificio aumente
El peso de los males que me abruman.
Eleira vivirá; yo solo debo...
¡Ah, Fares, si supieras...!

FARES.

Leyes justas
Rigen á tus vasallos: á ellas ceden
Amistad, compasion, poder, ternura;
Y el órgano que dicta sus mandatos,
De miedo y de pasiones se desnuda.
En favor de la reina en vano claman
Sus desgracias: las sabe el que la juzga,
Y vaciló un momento; mas Eleira
Su justificacion tenaz reusa.

NINO.

¿Y qué responde?

FARES.

Apénas de mis labios
La série infausta del proceso escucha,
Y el fin ignominioso que la aguarda,
Alzándose con noble compostura,
Jueces, esclama, pueblo de la Asiria,
De ese negro atentado que le imputan,
Elcira está inocente: por los astros
Que las celestes bóvedas alumbran,
Por la sombra querida de mi esposo,
Por la santa virtud mi voz lo jura.
Elcira está inocente, todos claman
Los que el supremo tribunal circundan:
Que nombre al asesino; que se lave
Tan negra mancha con su sangre impura.
Segunda vez Elcira se levanta
Trémula ya, asombrada, moribunda;
Cual si en su triste corazon moviesen
El miedo y la verdad, bárbara lucha.
Iba á hablar, y sus labios vacilantes
Lamentos de dolor solo pronuncian.
Los jueces titubean: yo propongo
Que á tu presencia Elcira se conduzca.
Pídelo el pueblo, y quiere que tu mano
Calma y seguridad le restituya.

Elcira va á venir: los sacros fueros
De la justicia, gran señor, consulta;
De Tamíro los manes irritados;
La paz de tus vasallos, que en tí fundan
Su ventura, su gloria, su esperanza.
Tal es mi obligacion, tal es la tuya.
Señora, entrad.

ESCENA III.

NINO, ELCIRA.

NINO.

Yo soy: no te estremezcas.
Bien sé que mi presencia no te anuncia
Sino muerte y desgracias; que me debes
Los males que te cercan y atribulan;
Que envenené tu mísera existencia,
Que tu cólera es ciega, pero justa.
Lo sé: yo tambien gimo, naufragando
En un mar de pesares y de angustias.
Mi deshonor, tu riesgo. . . ¡negra imágen!
No morirás, Elcira: no: destruyan
Los númenes mi trono, y al averno
Me arrebaten coléricas las furias,
Si á tal iniquidad mi voz se presta.
Vive léjos de mí; vive segura

De estas fatalidades espantosas
Que contra tu existencia se conjuran.
Por nuestra antigua llama te lo ruego,
Por mi primer amor. Tu pronta fuga
Nos preserve á los dos. Focles tus pasos
A una remota habitacion conduzca;
Y allí mi deshonor y tus pesares,
En ignorada soledad sepulta.

ELCIRA.

La víctima está pronta: caiga el hierro,
Y mi cuello separe. Elcira nunca
Preferirá á la muerte la deshonra.

NINO.

¿Dónde vas, infeliz?

ELCIRA.

¿Tú lo preguntas?
Voy á morir, y muero satisfecha
Si logro que en mi muerte se descubran
Las abominaciones infernales
Que en tu malvado corazon se ocultan.
Mas envilece el crímen, que el cadalso.
Yo lo arrostro impertérrita: mi culpa
Tú la sabes: por toda recompensa
De mi resignacion, la mano justa
De los Dioses, tus dias envenenen
Con turbacion inquieta y amargura.
Mires do quiera la espantosa imagen

De Elcira amenazante, furibunda,
Y el ódio que en mi pecho has excitado
Cuando el acero destructor consuma
Mi existencia infeliz, por todo el Asia,
Por todo el Universo se difunda.

NINO.

¿Y Zorame?

ELCIRA.

A ese nombre desfallecen
Mis brios; á ese nombre se conturba
Mi razon. ¡Justos Dioses! ¡hijo amado!
¡Hijo de mi dolor! ¡Que la fortuna
Te aparta de mi seno! ¡Que un momento
Duraron mis caricias y venturas!
Por la postrera vez llega á mis brazos;
Por la postrera vez mi pena endulza
Con tu voz inocente.

ESCENA IV.

NINO, ELCIRA, ZORAME.

ZORAME.

¡Madre mia!

ELCIRA.

¡Zorame!

NINO.

¡Cielos!

ZORAME.

¿Quién á mi ternura
Podrá arrancarte? ¿quién? Señor, ¿y dejas
Que esos bárbaros jueces prostituyan
La justicia; que impunes atropellen
A la misma virtud...? ¡Madre!

ELCIRA.

Mi angustia
Con tus voces aúmentas.

ZORAME.

Estos brazos,
Estos débiles brazos hoy te escudan.

ELCIRA.

Deja que muera; deja que el destino
En mí su fallo inexorable cumpla.

ZORAME.

¡Tú morir, cuando Nino te protege!
¿Por qué, señor, vacilas? ¿por qué dudas?
Salva á mi madre, sálvala...

ESCENA V.

NINO, ZORAME, ELCIRA, ARIBASES.

ARIBASES.

Los jueces,
Los guerreros solícitos se juntan,
Y conducen á Focles. Solo aguardan
Que tu permiso aquí los introduzca.

NINO.

Vengan todos.

ESCENA ULTIMA.

NINO, ELCIRA, ZORAME, ARIBASES, FARES, FOCLES, TAXIDE, Magos, Guerreros y acompañamiento.

FARES.

Los manes de Tamíro,
La dignidad del trono á quien insulta
Su horrorosa catástrofe, la sangre
Que por tus venas, gran señor, circula,
Todo pide venganza. Nuestras leyes,
Contra el que muerte dió, muerte pronuncian,
Y muerte debe darse: no se vea

Dentro de la nacion que Nino ilustra
Seguro el crímen; no: ni despreciados
Los gritos de esa sangre, sangre augusta,
Decoro de la patria y la diadema.
Un atentado, una horrorosa culpa
Se cometió en tu alcázar soberano.
En las tinieblas de una noche oscura,
El rei de Asiria envenenado muere.
¿Cuál fue la mano temeraria, oculta,
Que se prestó al impío ministerio?
Decídalo tu voz. Los jueces dudan
En un tropel de amargas confusiones.
Por mas que las sospechas se reunan
En contra de la reina, es reina, es madre,
Y el brillo de su clase nos deslumbra.
Mas no se diga que en Asiria el reo
De crímen tan atroz soberbio triunfa;
Humíllelo tu mano poderosa;
Tu infalible decreto lo confunda;
En tí la espada de la ley deponen
Sus ministros, señor; tómala, y juzga.

FOCLES.

Organos de su imperio respetable,
Si el interés de la verdad augusta
No quereis que perezca en las tinieblas
De tan inesplicables desventuras,
Oíd mi voz: Elcira está inocente.

Yo respeto el silencio en que sepulta
Formidables arcanos; mas no debo
Permitir que esas voces que la injurian,
En la infamia que cubre á los malvados,
Su nombre excelso, y sin baldon confundan.
¡O tú, heróica muger! el hierro inicuo,
Mi sangre vierta con la sangre tuya;
Don de los Dioses es, grato á mi afecto,
Que aun en la muerte la amistad nos una.

ZORAME.

Defiende tu inocencia, madre mia;
¿Puedes tranquila ver que se destruyan
Con tu silencio atroz mis esperanzas?
¡Ah! mi infelicidad es obra tuya.

ELCIRA.

Compadece á tu madre, y no la ofendas.
Estos cortos instantes en que aun duran
Mis últimos alientos, cariñoso
Con terneza filial mi pecho inunda;
No con reprobacion. Ni alzar pretendas
El velo tenebroso. . . ¿por ventura
Lo puedo yo romper? Basta, Zorame.
¿Qué aspiras á alcanzar con tus preguntas?
Mi secreto es fatal: teme saberlo.
Ese es tu protector; él te conduzca
A la gloria, al amor de los humanos.
A Dios: partamos ya.

FARES.

Señor, mis dudas
Disipa tu silencio: ya es forzoso
Que el triste fallo de la ley se cumpla.

ZORAME.

¡Hijo infeliz!

ELCIRA.

¡Zorame!

FARES.

Conducidla.

NINO.

Deteneos: la reina está sin culpa.

FOCLES.

¡Cielos justos!

ZORAME.

¡O júbilo inefable!
Madre, tú vivirás: su voz augusta
Nombrará el delincuente; y con su sangre,
Tanta persecucion, tanta impostura,
Zorame vengará.

NINO.

Pueblos de Asiria,
Respetad los destinos que os anuncian
Los cielos por mi voz. Elcira goce
La adoracion que á la virtud mas pura
Los homenages de los hombres deben.
Zorame al trono de sus padres suba,

Y su esplendor aumente y su decoro.
Toma, príncipe, el cetro. La fortuna,
La gloria de tu pueblo en tí descansa.
No sigas tú mis huellas, ni se infunda
En tu inocente corazon mi egemplo.
Huye del seductor: su lengua impura
Teme como una sierpe envenenada,
Que tu pérdida y muerte solo busca.
No nací para el crímen; mas pues débil
Cedí al alhago de una vil astucia,
Ni por un nuevo crímen vivir quiero,
Ni ver ya mas del cielo la luz pura.
Yo los decretos de mis hados sigo.
Callad, y obedeced. *

ELCIRA.

¡Qué desventura!

ZORAME.

¡Niño infeliz! Su corazon grandioso
Era digno de suerte menos cruda;
Y pues quiso morir con su secreto,
Su secreto con él baje á la tumba.

FIN.

* *Hiérese, y cae.*